

ria de este favor ofreció despues en aquel santuario un hombre á caballo todo de plata, y desde entonces llevó siempre pendiente del cuello una imágen de la misma señora. De lo dicho podrá cada cual tomar la práctica que le parezca mas propia para dar culto á las imágenes de la Virgen: yo paso á los demas ejercicios de religion.

X. He sabido de un hombre fidedigno, encargado de hacer las informaciones del venerable Cesáreo Buz, que murió en Aviñon con opinion de santo, que segun las deposiciones de los testigos lo que acabó de obrar su conversion venciendo su irresolución, fué una imágen de la Virgen pintada sobre la puerta de la iglesia de santa Clara. En cuanto la vió, sintió interiormente tal mudanza, que postrándose en tierra en medio de la calle puso toda la esperanza de su salvacion en la Virgen despues de Dios: desde aquel punto mudó de vida y aprovechó extraordinariamente en la virtud (1).

S. VI.—El segundo rasgo de honor es publicar sus alabanzas.

I. Todos los santos padres concuerdan en que ninguna criatura puede con sus alabanzas igualar las grandezas de la madre de Dios. S. Juan Damasceno dice (2) que ella se aventaja á todo lo que podemos publicar en su elogio, y que aun cuando las lenguas de todos los hombres fuesen una sola, no serian capaces de alabarla dignamente. Aunque se añadan las de los ángeles, no llegaremos á las excelencias de aquella, por cuyo medio entramos en posesion de la gloria de

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur en la nota G, puesta al fin del tomo. (2) Orat. 2 de Assumpt. B. Virg.

Dios. «Por mas que uno se remonte, dice S. Basilio de Seleucia, ponderando las alabanzas de la Virgen, no tema excederse, porque es cosa absolutamente imposible llegar al punto que se merece.» «Alabemos, honremos y amemos á la bienaventurada virgen Maria hasta donde puedan alcanzar nuestras fuerzas, dice el devoto Dionisio Richel al principio de los cuatro libros que compuso de las alabanzas de nuestra señora, y despues de haber hecho cuanto podamos, conoceremos que no nos acercamos á la magnitud de sus méritos y de los beneficios que nos ha dispensado.» «Nosotros, pequeñas criaturas (es consideracion de S. Agustin), ¿qué podriamos presentar que fuese digno de ella, aun cuando todos los miembros de nuestro cuerpo se volviesen lenguas, supuesto que ella sube mas alto que el cielo y baja mas abajo que los profundos abismos? Paréceme que los dos querubines que extendian sus alas sobre el arca de Moisés, decian tácitamente que la verdadera arca de la alianza, que no es otra que la madre de Dios, quedaba siempre oculta, aunque sus entendimientos representados por las alas hiciesen todos los esfuerzos para comprenderla (1).» «Nadie se engañe, dice S. Anselmo (2), porque es la verdad que nadie está exento de alabarla y que gracias á Dios hay materia para que se empleen los entendimientos mas aventajados; pero el que se resuelva á esto, tenga entendido que caerá con el peso de la carga.» Pedro Comestor dijo en muy buenos versos latinos lo que trasladamos á continuacion en romance y sin el artificio del metro: «Si pudiera ser que las arenas de la tierra y del mar, las olas, las flores de la primavera, el fuego y el aire, los vientos, todo género de aves y animales, los árboles de los bosques, la yerba y las mieses, el rocío y

(1) Orat. 35 de sanctis.

(2) De excellent. Virg., c. 2.

las estrellas, los peces y demás habitantes del agua, los montes y los valles, los riscos y peñascos, las serpientes y dragones, los moradores del cielo y de la tierra se volvieran todos lenguas, nunca podrian mostrar cuán grande es la virgen María, ni los monumentos, ni las edades podrán representar justamente sus virtudes.»

II. Pero porque no podemos, dice S. Juan Damasceno (1), alabarla como merece, ¿juzgaremos ser licito callar y creemos que nuestro silencio puede pasar sin vituperio? Nada de eso; al contrario debemos conciliar el afecto con el temor y del respeto y del amor como de diferentes flores hacer una corona que le agrade y sea como las primicias de nuestro pobre jardin. Lejos de desalentarnos la elevacion de la gloria debe de animarnos y convidarnos á hacer cuanto podamos, porque como dice un gran sabio, estamos seguros de que no agotaremos jamás la fuente de sus alabanzas.

III. Nos convidan sus singulares méritos y las palabras de Salomon, que dice: Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en las puertas (2). Nos convida la gran facilidad que Dios nos ofrece de pagar por este medio las obligaciones que le tenemos. Acuérdomé á este propósito que hallándose un dia apurada santa Matilde por no saber cómo pagar á la Virgen y lamentándose de no haber hecho jamás cosa que mereciera decirse, se le apareció el esposo de las almas y le habló así: «Hija mia, por todas las mercedes que has recibido de mi amada madre, alaba la singular fidelidad con que aceptó y cumplió la voluntad de mi padre así tocante á mí como á ella: alaba su singular fidelidad en servirme de todas las maneras imaginables y en sentir dentro de su alma todos los tormentos que yo padeci en mi cuerpo:

(1) Serm. 4 de Assumpt.

(2) Proverb., XXXI.

alaba su singular fidelidad en dedicarse aun ahora á ganarme almas y la diligencia con que las trae á mi aprisco.

IV. Nos convida la gloria que redunda de estas alabanzas á Jesucristo, porque si el honor que se tributa á la sierva, pasa hasta el ama, dice S. Ildelfonso (1), con mas razon el que se da á la madre, toca al hijo: así ella tiene muy buena parte en el que su hijo recibe como rey de la gloria. Nos convida la gana que debemos de tener de responder con nuestras alabanzas á las horribles blasfemias que el infierno y sus satélites vomitan diariamente contra ella. Nos convida el extraordinario galardón preparado y prometido á aquellos que se emplean en alabarla y darla á conocer: este galardón es la vida eterna segun las palabras del Eclesiástico, que la iglesia acomoda á nuestra señora (2). Finalmente nos convidan, dice el mismo S. Ildelfonso (3), los ejemplos de su hijo y del Espíritu Santo á entonar cánticos armoniosos delante del trono de su gloria. Nos convida el ejemplo de tantos santos, que hicieron prodigios por alabar á la maravilla del cielo. Con efecto ¿qué no hicieron un S. Epifanio, un S. Atanasio, un S. Cirilo, un S. Agustin, un S. Ildelfonso, un S. Andrés de Candía, un S. Efren, un S. Pedro Damiano, un S. Bernardo, un abad Ruperto, un S. Buenaventura, un san Bernardino, un S. Alberto y otros muchos, que han dado materia para nuestros discursos sobre las grandezas de la madre de Dios? ¿Con qué anhelo pelearon por defender este título y la virginidad de nuestra señora, por ensalzar su humildad, admirar su caridad, pregonar sus

(1) De virginit. Mariæ, c. 2.

(2) Eccli., XXIV.

(3) Serm. de Assumpt.

excelencias y convidar á todo el mundo á conocer y amar su singular bondad (1)!

V. Hablando solamente de algunos de los padres sudichos, ¡con qué deleite vemos la afectuosa devoción de S. Buenaventura y las invenciones que le sugiere esta para alabar á Maria! No sabe qué decir, ni qué hacer para honrarla y reverenciarla. En su Espejo nos presenta una suma de las principales grandezas de nuestra señora: le compuso un salterio de ciento y cincuenta salmos á imitación del de David: le cantó letanias á semejanza de las de Roma: le labró una corona de gozos y alabanzas: hizo una lamentación en forma de oficio sobre sus principales dolores: le dedicó varias prosas donde están comprendidas las antiguas figuras que la representaban, y se enumeran sus mas eminentes calidades: le acomodó los cánticos de Moisés y de Maria, su hermana, el de Débora y los otros que la iglesia ha incluido en el oficio divino. En fin no se pueden abrir sus obras sin echar de ver el fuego del amor de Maria en que se inflamaba su corazón. Sus elogios y alabanzas son tantos y tan escogidos y oportunos, que al leerlos tiene uno que amar á la Virgen aun cuando no quisiera. Si la considera en términos de gracia y santidad, dice que es la fuente de gracia, la idea de las buenas costumbres, la flor de lis del cielo, la luz sin oscuridad, la rosa sin espinas, la paloma sin hiel, la regla de la castidad, el nivel de la justicia, la vara de perfecta hermosura, la señora de la vir-

(1) Adición de la madre Maria Jacoba de Blemur.—«Es una especie de alabanza hablar de ella en las ocasiones con palabras honrosas y de estimación tratando de sus virtudes y publicando sus beneficios y las mercedes recibidas de su misericordia. También contribuye á sus

alabanzas el que asiste de buena gana á los sermones que se predicán en honor de esta señora, deleitándose en oírlos, el que lee los libros donde se trata de sus excelencias aprobándolas y consinténdolas con toda su alma, el que desea y procura que sea alabada de todo el mundo.»

tud y de la verdad, el ejemplo del mundo. Si la considera en punto de mansedumbre y bondad, la llama panal de miel, escanciador de la gracia y de la dulzura, tálamo de la piedad, cofrecillo de los divinos ungüentos, fuente de clemencia, madre de amor, nodriza de los espíritus, nube cargada de gracia, red de los beneficios celestiales. Si habla de ella por forma de reconciliación y refugio, la llama hermoso arco iris, inventora de la gracia, cámara de la paz, la que suspende la ira de Dios, la salud del mundo, la escala del cielo, el camino que lleva á la vida, la guía de la salvación, la puerta del paraíso, la reparadora del mundo, la medianera de los pecadores, la guardadora de los hombres, el refugio singular, la esperanza de los desgraciados, el áncora de nuestras esperanzas, la nave, el piloto y el puerto juntamente, la madre de los huérfanos, la fuente de la salud, el venero de la misericordia, el faro de los descaaminados, el valor de los combatientes. Si se trata de su autoridad y poderio, la llama la muerte del pecado, el martillo de las herejías, la ruina de los demonios, la columna de la religion, la reina de los reyes, la señora de los imperios, la omnipotente ya para proporcionar beneficios, ya para dar auxilios, ya para llevar al cabo empresas. Si se trata de su gloria y excelencia, la apellida el retrete, el trono y el templo de la divinidad, el palacio de la santísima Trinidad, el prodigio de las obras de Dios, el vaso que sirvió de molde á su alfarero, el arroyo que es el manantial de su fuente, la estrella que produce á su sol, la virgen digna de Dios, el portento de grandeza, el dechado de excelencia, el honor de la tierra, la gloria del cielo, el cielo intelectual, el esplendor de la luz divina, la suprema inteligencia, la reina de los siglos, la hija, madre y esposa de Dios.

VI. La virgen Maria reveló á santa Brigida que perpetuamente haria de madre con el obispo sueco Hem-

mingo, le asistiría á la hora de la muerte y aun presentaría su alma en el juicio de Dios en premio de la devoción que mostraba hácia ella empezando todos los sermones con sus alabanzas. S. Vicente Ferrer no podia oír tratar de las excelencias de la Virgen sin que su corazón se derritiese y sus ojos se deshicieran en llanto. El padre Ventura de Bérgamo, religioso de la orden de predicadores, tenia la loable costumbre de predicar todos los sábados de las grandezas de la Virgen; lo que se verificaba por lo comun con grandísimo concurso, á veces hasta de treinta ó cuarenta mil oyentes. La reina de los ángeles pagó de varios modos la devoción de su siervo y en especial apareciéndosele y descubriéndole muchos secretos.

VII. S. Estanislao de Kostka la llamaba su buena madre, y era tan grande el gozo que recibia hablando de ella, que los que le conocian, por complacerle y deleitarse tambien ellos sacaban la conversacion en cuanto le veian. He dicho por deleitarse ellos tambien, porque era imposible ver cómo se inflamaba y con qué fuego sostenia la conversacion, sin conmoverse y sentir el alma inundada de contento. ¿Qué mayor gozo que oír á S. Gregorio Taumaturgo tocar la trompeta y convidar á todo el mundo á alabar, glorificar y llamar bienaventurada á la reina del cielo y honrar su memoria con aplausos y cánticos de alegría (1)? ¿Qué consuelo ver á Ricardo de S. Lorenzo hacer los mayores esfuerzos para ensalzar á aquella á quien amaba mas que á su vida! En los doce libros que compuso sobre las alabanzas de la Virgen, considera sus prerogativas, privilegios y virtudes, y va buscando materiales para satisfacer su devoción en la fecundidad de la tierra, la profundidad del

(1) Orat. 3 in Annualiat.

Océano y las dilatadas regiones del aire: en fin no deja pieza alguna de la naturaleza que no emplee en ponderar el mérito de la madre de Dios.

VIII. No permita el Señor que al hablar de los que con tan particular afecto se han dedicado á pregonar las alabanzas de la virgen María, me olvide yo de S. Casimiro. Este príncipe mozo, infinitamente mas ilustre por su singular piedad que por su noble prosapia, se consagró desde la niñez al servicio de la madre de Dios y entre otros homenajes de reconocimiento que le rëndia, no pasaba un dia sin rezar una prosa latina compuesta por él mismo en alabanza de nuestra señora. A la hora de la muerte mostró deseos de que la entonasen con él, como se hizo; y cuando se abrió su sepulcro el año 1609, se halló colocada sobre su pecho. Ve aquí parte de los bellos pensamientos que contiene dicha composicion, traducida en romance sin el artificio del metro. «Corazon mio, no pienses ni de dia, ni de noche mas que en aquella que ha cautivado tu amor: tus mas ardientes deseos y el deleite de mayor atractivo para ti sean honrar con tus alabanzas á aquella Virgen, cuyas prendas enamoraron y pasmáron á los ángeles. El resplandor de sus gloriosas facciones no puede consentir que ninguna nube venga á ocultar á nuestros ojos la majestad de su semblante. Así es que todos dicen con franqueza que nada se iguala á su hermosura ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar y que el sol es nada en comparacion de su claridad y resplandor. ¿Y seré yo acusado de soberbia ó de imprudencia por haber emprendido descabelladamente publicar su excelencia, si no puedo ni con mucho (por mas que se afane mi corazón y mi pluma) pintar al vivo todos los rayos de ese sol resplandeciente, que me alumbrá y me admira? Aunque los mejores ingenios, cuando se trata del mérito de ella, temen siempre la carga y mudos y suspensos se ven reducidos á admirar

su gran perfeccion; no obstante hay que ver que mi silencio no sea causa de exponerme á una cobarde desconfianza por temor de apreciarla muy poco. Aquel por quien peleas, señora de las regiones celestiales, tiene por subyugados sus enemigos y por segura la palma: puede desafiar á la muerte y esperar salvarse bajo la proteccion de la reina de los cielos á pesar de la rabia é insolencia de los demonios enfurecidos. ¿Quién ignora que tu valor ha atadó á esos mastines y que sin tí íbamos á ser precipitados en los tormentos? ¿Quién ignora que el infierno iba á abrir su boca para tragarnos y que sin tu divino auxilio el cielo no pensaba mas que en castigarnos eternamente? Todo era terror é imagen de la muerte. Ya el infierno con espantosos silbidos amenazaba sepulcrales: ya los truenos y relámpagos nos anunciaban la ira del cielo; pero todos estos siniestros signos se desvanecieron como humo, y los principes infernales no ganaron mas que la fama de haber acrecentado sus tormentos. Tantos instrumentos monstruosos forjados para nuestra ruina no sirvieron sino para destruir sus máquinas. Tus manos, oh Virgen, nos han libertado de esta lamentable esclavitud, y sin tí éramos perdidos. En ti redunda todo el honor de esta dicha señalada. Es un rasgo de tu valor que esos espíritus abominables hayan experimentado el poder de tu brazo. La infiel Eva, que por satisfacer su apetito cerró las puertas del paraíso á todos sus descendientes, puso por su temeridad en manos de un Dios enojado la espada vengadora de los pecados; pero tú por tu bondad sacaste á las víctimas de las manos de aquel. Hija del cielo y de la gracia, obra del brazo omnipotente, Virgen que no tienes igual en inocencia en todo tu linaje, el mismo Dios cede á tu voz y dispone á tu voluntad de sus mas singulares prodigios. Manda, porque los cielos están preparados y la tierra escucha atenta para cumplir tus deseos. Al ver

al padre de bondad y autor de la santidad dispuesto á complacerte, ¿quién puede dudar de la firmeza del destino de los que te tienen por madre? Así como la desigualdad de los años, de los meses y de las estaciones y el movimiento de los cielos se ajustan al curso del primer astro del mundo, así la dicha de los mortales sigue obediente el impulso de tu mano. Seguro yo pues, oh Virgen santa, de que mis intenciones igualmente complacientes siguen la inclinacion de tu dulce providencia, te doy mi corazon, para que venciendo el vicio y el mal ejemplo haga un esfuerzo generoso y te erija en su centro un templo magnífico. Supuesto que con toda libertad y plena confianza busco un asilo seguro en el seno de tu clemencia, no me despidas por Dios, sino guia mis pasos entre las sombras, para que evite yo los escollos donde intenta estrellarme el príncipe de los abismos. En vano será que el infierno vomite sobre mi todo el veneno de su furia, que perturbe y conmueva la tierra y el firmamento, que renueve sus maquinaciones y revuelva las regiones del aire y las profundidades del mar: á mi me basta una palabra de María para desbaratar todos esos planes. Vive gloriosa por siempre, fuente de nuestra felicidad; vive eternamente dichosa y bienaventurada. En balde se alborota el infierno: tu suerte es invariable, y mientras Jesus sea Dios, tú ocuparás por derecho el primer lugar despues de él.»

IX. La afectuosa devocion de otros ha inventado nuevos medios para honrarla, como el que publicó recientemente un librito con este solo verso:

Tot tibi sunt dotes, Virgo, quot sidera celo;
pero diversificado tantas veces como estrellas cuentan los astrólogos en el firmamento, esto es, mil veinte y dos. A la verdad la razon pide que todo cuanto puede inventar el entendimiento humano sirva para honrar las gran-

dezas de aquella que nunca será honrada de los hombres como merece.

X. Algunos han consagrado sus plumas, sus vigili-
as y sus tareas á ponderar y agradecer las mercedes y gra-
cias recibidas de ella. El célebre Justo Lipsio despues de
haber empleado largos años en la indagacion de la anti-
güedad con el favor de la madre de Dios, como protesta
él mismo, le dedica la última produccion de su pluma,
que es una recopilacion de los milagros obrados por
nuestra señora de Hault y de Monteagudo. S. Ignacio al
dejar el mundo y la milicia temporal por la espiritual veló
sus armas en Monserrat delante de la imágen de la Vir-
gen, colgando allí su espada y su daga como quién le de-
jaba el honor adquirido con las armas y ponía á sus
pies el que habia de adquirir en adelante.

XI. Pero me parece que los mas dichosos son aque-
llos, que por merced del cielo han publicado de palabra
ó por escrito las excelencias de la reina del cielo y exci-
tado al mundo á amarla, honrarla y servirla; porque su
condicion es infinitamente mucho mas aventajada que
la de todos los cortesanos y validos de la tierra. Mas di-
chosos son aun los que Dios por especialísima gracia ha
destinado para ser en el cielo los cantores de la capilla
real de la Virgen y los panegiristas de sus grandezas.
¡Oh quién tuviera la fortuna de ser de ese número y de
estar escrito en la lista de los domésticos de la reina de
los ángeles! Yo me contentaría con pasar todos los tra-
bajos de esta vida por ocupar el último y mas estrecho
lugar. Aquellos á quienes ha cabido esta feliz suerte,
bendigan por siempre su envidiable condicion: nosotros
la suplicamos que no se nos caigan jamás de la boca sus
alabanzas y que con ellas nos enfrene, como dice un
profeta (1), para que no perezamos. Dichoso aquel,

(1) Isai., XLVIII.

dice S. Buenaventura (1), que no se harta jamás de cantar
tus alabanzas, ni de publicar tus virtudes, porque pene-
trará en su corazon una luz celestial y el Espiritu Santo
dirigirá las tinieblas de su entendimiento.

§. VIII. — El tercer rasgo de honor es celebrar religiosamente sus fiestas.

I. Las fiestas y solemnidades de la Jerusalem celestial
son tan grandes, que se oyen en la tierra, porque nues-
tros regocijos y festividades no son mas que ecos y dé-
biles imitaciones de los triunfos de allá arriba. Así no
es extraño que entre todas las fiestas del año ocupen el
primer lugar las de la Virgen despues de las de su hijo,
en atencion á que en el cielo no hay un honor igual al que
se le rinde á ella. Bien es verdad que sin perjuicio de lo
que se hace allí, la iglesia militante guiada por el Espiri-
tu Santo ha venerado siempre mas particularmente ciertos
misterios de la madre de Dios y celebrado algunas fies-
tas suyas con mas aparato y ostentacion exterior que
otras, segun se ve en las de la Concepcion, Natividad,
Anunciacion, Purificacion y Asuncion, que se celebran
de muy antiguo en la iglesia. Fácil me será demostrarlo
respecto de todas menos la de la Concepcion, acerca de
la cual hablé largamente en el capítulo VIII del trata-
do tercero. La orden de nuestra señora del Cármen ce-
lebra la fiesta de la Anunciacion con octava, como ha-
cen tambien otras religiones con la Purificacion y la Vi-
sitacion.

II. La de la Natividad empezó á celebrarse con extra-
ordinario júbilo inmediatamente despues del concilio de
Efeso, donde fué condenado Nestorio y mantenida la
Virgen en posesion del título glorioso de madre de Dios;

(1) In psalt. B. Virg.